

UNITY: UNA TRAVESÍA MUSICAL POR CHINA

Por: Juliana Jiménez

Fotógrafa y periodista de la Universidad de Florida

Fotos: Juliana Jiménez



Los niños esperaron por nosotros cuatro horas sin agua bajo el sol. Aquí aguardan a que empiece la clase en el patio de la escuela Xinxing, el 8 de agosto de 2010.



Sebastián López, estudiante de maestría en Hidrología en la Universidad de la Florida, enseña a un niño a tocar guitarra en la escuela del Lago Lugu.

Los niños nos esperaban desde hacía cuatro horas. Sus escritorios estaban calientes como estufas y ellos sudaban en silencio. Sus padres aguardaban pacientemente en la sombra.

Llegamos con el sol del mediodía a enseñarles sobre la música latina. Más de cien niños, sus padres, sus abuelos y sus bisabuelos nos rodeaban en un patio polvoriento en el suroeste de la provincia de Sichuan en el sur de China.

Esta era la octava de nueve escuelas que visitaríamos en el verano como voluntarios para Unity Bridge, una organización sin ánimo de lucro que ofrece una actividad positiva como la música a los niños en el campo de China, quienes no tienen quién los guíe debido a que los hombres adultos han emigrado a las ciudades y terminan involucrados en drogas y violencia.

Ese día eran tantos los niños, que no cabíamos en uno de los dos salones de clases y tuvimos que enseñar en el patio. Las paredes de la escuela

eran una sola costra café. Los papás tenían la piel curtida por el sol y el viento, dura como cuero. Allí, ducharse y lavar la ropa no es común. Había un niño que estaba ciego, otro con un brazo roto, sostenido no por un yeso sino por un pedazo de cuerda. Entre ellos, ancianas con sombreros grandes, cuadrados y negros, fumando marihuana en sus pipas tranquilamente.

Tres generaciones de la minoría Yi, una de las cincuenta y cinco minorías oficiales de China, bailaron son cubano y aplaudieron al compás de la cumbia y el merengue. Ocho millones de Yi viven en las provincias de Yunnan y Sichuan en el suroeste chino. Nos encontrábamos cerca de la frontera entre estas dos provincias, en la escuela Xinxing. Es a escuelas como esta, con muchos más niños que recursos o profesores calificados, a las que Unity quiere ayudar.

La organización comenzó con David Borenstein, un recién graduado de la Universidad de la Florida, quien, becado por Fullbright, se fue a



David Choo, David Borenstein, Ernesto Alonso y Sebastián López, estudiantes de la Universidad de la Florida, caminan temprano en la mañana hacia la escuela donde enseñan música latina a orillas del Lago Lugu, en la provincia de Sichuan.

David Choo toca el saxofón junto a Sebastián López, quien toca la guitarra. Ambos se relajan después de clase tocando jazz.



vivir a la aldea No. 10 en la provincia de Sichuan durante 2009 para investigar la manera en que la migración hacia las ciudades moldea la vida rural en China. El programa Fullbright es un sistema estadounidense de becas para intercambio educacional internacional para estudiantes, profesores y profesionales, fundado en 1946.

David cuenta que el pueblo era como la mayoría de pueblos chinos que había visitado: muchos caminos enlodados y olor a ganado, aunque la gente ya no pueda competir con la ganadería industrial. Notó que no se veían hombres adultos; solo mujeres, ancianos y niños. Como todos los hombres adultos se mudan a las ciudades, los niños carecen de modelos tradicionales para guiarlos en el desarrollo de sus talentos y habilidades y ya que no hay empleo, deben tomar trabajos ilegítimos traficando y usando drogas como las metanfetaminas. La gente tira basura en todas partes y a pocos les importa, pues todos quieren irse lo antes posible. Lo “urbano” equivale a “civilización”, a “progreso”; por eso ellos se sienten atrasados y despreciados. Piensan que a un pueblo así no le queda mucho tiempo y posiblemente tienen razón.

Entonces, meses después de mudarse allí, a un profesor de la aldea se le ocurrió la idea de Unity. Él sabía que David era músico porque tocaba su saxofón en la escuela para los estudiantes y ponía el CD de la banda de la que es parte en los Estados Unidos: Umoja Orquesta. El profesor le preguntó si quería hacer un programa de música para los niños y a él le gustó la idea. Fue así como empezó a organizar campamentos musicales e invitó al resto del grupo a participar en ellos. Sin dudar lo enlistamos por dos meses.

Para recaudar fondos para el viaje formamos una nueva versión de Los Piratas del Monte, una banda de Gainesville, Florida, en Estados Unidos. Solemos tocar salsa, cumbia, merengue, son y bolero. Lo hacemos en varios sitios en Beijing; en Chengdu, la capital de Sichuan; en Kunming, la capital de Yunnan y en otras ciudades de esa provincia. Natalia Pérez cantaba junto a Sebastián López, quien a su vez tocaba la guitarra y el acordeón. Johnny Frías, un estudiante para doctorado en Etnomusicología, tocaba los bongoes; yo tocaba la guacharaca y bailaba con Ernesto Alonso, quien también tocaba las maracas. Todos



David Borenstein, egresado en Ciencias Políticas y Chino; Ernesto Alonso, estudiante de maestría en Arquitectura; Natalia Pérez, graduada en Ingeniería Civil y Sebastián López enseñan a los niños sobre música colombiana, cubana y dominicana.



Le Fei Pu, izq., voluntaria con Unity Rural Music, toca la “pipa”, un instrumento chino tradicional y dos estudiantes de la escuela cantan con ella para la presentación final del último día de clases.

nos conocimos en la Universidad de la Florida, en Gainesville. Nos acompañaba también Chen Zhi Peng (o Xiao Peng, de cariño), un director de documentales de Mongolia quien hizo uno sobre nuestro viaje¹.

Uno de los primeros campamentos fue en Wenchuan, el epicentro del terremoto de mayo de 2008 y de magnitud 7,9 grados, en el cual murieron más de 70.000 personas. Allí fallecieron once niños y muchos ahora son huérfanos. A unos cien metros del colegio, una cadena de montañas se levantaba y traspasaba las nubes. Durante el terremoto sus rocas volaron pendiente abajo, dejando a la montaña con las vísceras al aire libre, heridas que se curan con el pasar del viento y del agua.

Los recibimientos siempre eran conmovedores: las niñas, muy tímidas y los niños, visiblemente emocionados y ansiosos, nos pedían autógrafos y se tomaban fotos con nosotros con sus celulares rosados como Tamagotchi. Después de una

de esas clases, los profesores y directores de un colegio nos invitaron a comer grasa con cerdo y más grasa y más cerdo. Brindamos —al principio obligados, después amañados— con cerveza y baijiu, una bebida alcohólica con 56% de alcohol. Como dictan las costumbres chinas, no se puede negar nunca un brindis ni dejar una gota en la copa. “Ganbei”, la palabra para “salud”, es la misma para “fondo blanco”, lo cual empeoró la situación. Brindamos primero por la música y por la fortaleza de las relaciones sino-americanas. Después —nosotros incrédulos, ellos extasiados— por Mao Zedong, por Cuba, por Castro. Terminamos, profesores e invitados, borrachos, cantando y bailando rumba cubana.

Pero gran parte del tiempo la pasamos viajando, en tren, en bus o en minivan, mareados o gritando, cantando y aplaudiendo para despertar a un conductor que se dormía al volante. Así, lo que rompía el tedio eran la música y el paisaje del campo de Sichuan: tierras rojas, cultivos de maíz, arroz y demás; túneles largos y oscuros,

¹ Véase <http://www.youtube.com/watch?v=ddFD6i-1NjA>

donde el aire es frío y más respirable. Derrumbes a 3.000 metros de altitud. A un lado siempre un río, donde los hombres pescan y las mujeres traen a sus niños.

Tuvimos que cruzar un río así en Jiuxiang, donde hicimos un campamento muy temprano en la mañana. A veinte minutos del pueblo nos esperaba crepitante un puente colgante de largas y delgadas planchas de hierro. Abajo el río rugía como brasas de fuego. Tocaba seguir a pesar del vértigo. Después venía un pueblito de calles de barro y perros sucios mostrando costilla que salían a darnos la bienvenida. En el colegio tenían parlantes, pero nadie sabía para qué servían. Fuimos a escuelas así, donde había dinero pero nadie que enseñara música. Otras, como Xinxing, con poco dinero pero mucha motivación. En cada una nuestro impacto fue diferente, pero todavía es muy temprano para saber la profundidad. Eso se verá con el tiempo. Sí podemos, en cambio, hablar del impacto que esto tuvo en nosotros. Personalmente, aprendí a bailar salsa y a ser humilde con la limpieza personal. Esperemos que estos niños, al bailar con nosotros, hayan sentido el llamado del ritmo y que cantar con nosotros haya despertado la música en su interior. 🎵



Las mujeres y jóvenes del pueblo del Lago Lugu bailaron y cantaron la última noche de nuestra estadía para mostrar sus trajes típicos, sus costumbres y sus cantos tradicionales.

Un niño, su padre y su abuelo se sientan a la sombra, esperando que comience la clase. Esperábamos un grupo de cuarenta niños, pero ese día nos recibieron más de cien.

